



## Pasando por alto



el entender que — minuciosa, detallista en extremo y puede que hasta algo proclive a la obsesión como lo era la maquilladora (que se desesperaba, estrujándose las manos afligida culpándose de “ha sido por mi culpa” y, total, porque el lunar que tenía Obdulia en el lóbulo de la oreja derecha le había salido un poquito grande o un poco más arriba de lo habitual ) hermana de Tiberio — había elaborado casi filosófico para una Noemí que, de haber sido sólo un poco menos aplicada o nada más una pizca más perspicaz, hubiera podido, tan ricamente, ni tan siquiera contemplarse, allí, toda la tarde frente al espejo ensayando una Leontina en la que la señorita Pimpinella, atenta sólo a las haches y a las comas, no iba ni a reparar ni a fijarse.

Y porque el pasar por alto incluso aunque fuese bajo cuerda un... “entender — había marcado una pausa para buscar entre sus *rouges* de *levres* y sus *eyerlines* el papel que ahora leía con voz neutra, como si la cosa no fuera con ella — tan trascendente para la elaboración de algo tan sujeto a la **eventualidad** — de fuerza mayor — o al **capricho** — de importancia menor (aunque no inferior en poderío, pues cuanto más se derrochaba en contemplaciones para con **el** o **la interfecto/a** más intratable y **cabezón/a** se ponía **este** o **esta**) — de determinados imponderables o de ciertos imperativos categóricos que no cabía posibilidad ni aun muy remota de eludir era algo que no podía bajo ningún concepto volver a repetirse sin pasar por encima del cadáver {que a veces se ponía — y eso había que reconocerlo (y el que no lo reconociera que se preparase) — **excesivamente melodramática**} de doña Imelda la gobernanta”, se había editado — continuó, pero ahora de memoria y sin los folios, que había depositado en la repisa atestada de maquillajes y de afeites — una circular advirtiéndole de que en lo sucesivo no se permitiría {bajo ningún **concepto**<sup>(ver más arriba)</sup> ni, sobre todo, en paralelo con ningún **otro** que no perteneciese... “al — y volvió a tomarlos, y a ponerse las gafas, como temerosa de incurrir en alguna inexactitud — mismo rango de ideas (concretas) o nociones (difusas) que las que forma o concibe el entendimiento} la intromisión” — y no contenta con apartar otra vez de su vista los folios obsesionada, como estaba, por superar sus miedos, tan infantiles, en lugar de dejarlos sobre la repisa los metió, bien doblados, en el cajón de los esmaltes y siguió —: *de ninguna novedad que no tuviera una antigüedad homologada y perfectamente contrastada de, al menos, seis o siete de las décadas transcurridas sin interrupción desde Pentecostés a la Cuaresma* para, una vez colocado sin demasiado énfasis el punto final, regresar a su sitio dejando a doña Aurelia — que **se quedó, a qué negarlo**, con dos palmos de narices ante la evidencia de que contra todo pronóstico hoy no se hubiera equivocado ni dejado sin cerrar algún corchete — no poco contrariada.